

MODERNISMO TEOLÓGICO Y MODERNISMO LITERARIO. UN LIBRO DE JUAN CÓZAR CASTAÑAR¹

Redacción Contraluz

ISBN 84-7914-619-2
Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Madrid 2002

Introducción²

En mis largos años de docencia en el Seminario diocesano y en diversos centros de enseñanza estatal, me iba encontrando cada curso con el tema de literatura española sobre el Modernismo, que había de explicar a mis alumnos. De aquí que, año tras año, fuera calando en mí el interés por este movimiento literario, que tuvo su fastuoso apogeo entre finales del siglo XIX y primeros años del XX y que coincidió, en su desarrollo, con el movimiento del mismo nombre que se estaba produciendo en el seno de la Iglesia católica.

Ese interés creció aún más cuando leí *El Modernismo. Notas de un curso* (1953), volumen que contiene las notas recogidas taquigráficamente por Ricardo Gullón de las lecciones pronunciadas en la Universidad de Puerto Rico, ese año, por Juan Ramón Jiménez. En una de aquellas intervenciones Juan Ramón decía: “Es muy importante señalar que el Modernismo tiene origen teológico”.



¹ N.E. El cabrileño *Juan Cózar Castañar* es licenciado en Teología y doctor en Filología Románica. Catedrático jubilado de Lengua y Literatura españolas, forma parte del Grupo de Investigación sobre Humanismo Giennense de la Universidad de Jaén.

² N.E. La Dirección de *Contraluz* ha seleccionado este capítulo, reproduciendo el contenido del mismo que aparece en el libro referenciado.

Reflexionando sobre esta afirmación de nuestro andaluz universal, comencé a profundizar en el trasfondo que había en ella. Y más aún cuando a continuación, el poeta de Moguer añadía: “Cuando tenía 19 años leí en casa del doctor Simarro el libro de Alfred Loisy a los católicos franceses” (p.53).

Por mis estudios teológicos conocía bien la personalidad del exegeta francés y decidí acometer la ardua tarea de leer, en su lengua original, todas sus obras, en especial aquellas que originaron el Modernismo dentro de la Iglesia. Fue el movimiento intraeclesial que más la conmocionó penetrando en el elemento clerical joven, siempre propicio a los cambios de mentalidad, en un momento en que la enseñanza de las ciencias eclesiásticas y, más aún, la exégesis bíblica, anquilosada en una gnosis estrecha y anticuada, presentaban un panorama deprimente. Y porque la férrea disciplina romana no se abría a las ciencias humanas, en constante progreso, con los nuevos descubrimientos de las ciencias auxiliares tan altamente positivas para un mejor entendimiento de la Biblia.

De ahí que el trabajo del abate francés Alfred Loisy fuera aplicar el método de la crítica histórica del protestantismo liberal, muy avanzado en los estudios bíblicos, a la exégesis de los libros sagrados. Loisy decía que había que acercarse a la Biblia y estudiarla prescindiendo de su carácter sobrenatural, como si se tratara de un libro puramente humano. Así se situaba en el extremo opuesto al de la enseñanza tradicional del Magisterio Eclesiástico.

De esta manera fue comprobando, gracias a sus profundos conocimientos de arqueología y de lenguas semíticas, que los relatos de la Creación y del Diluvio del libro del Génesis (cap. 1) coincidían con los relatos de las antiguas culturas del creciente fértil y, por tanto, que no eran más que lecciones grandiosas de teología y moral de aquellos pueblos, de donde las toma el pueblo hebreo, pero no hay que considerarlas como documentos históricos. Luego aplicaría también estos mismos métodos a varios relatos del Nuevo Testamento, poniendo así en tela de juicio la verdad enseñada desde siempre por la Iglesia católica. Sus afirmaciones socavaban igualmente la doctrina católica de los sacramentos instituidos por Cristo y no admitía que la Iglesia actual fuera una institución querida por el mismo Señor.

Loisy, hombre de ingenio excepcional que conocía la forma drástica de actuar de la jerarquía católica, exponía estas doctrinas encubiertas bajo una sutilidad admirable; a pesar de lo cual, cuando su pensamiento se manifestó abiertamente, como ocurrió en sus dos famosos “libritos rojos”, entonces la censura más dura cayó sobre él y fue excomulgado.

Leyendo a Loisy me convencí de que al menos uno de nuestros literatos, Juan Ramón Jiménez, conocía el pensamiento del teólogo modernista, lo mismo que su afirmación de que el Modernismo teológico fue para él raíz y origen de todo lo que después se conocería como MODERNISMO.

Después pensé que, como Juan Ramón Jiménez, tendría que haber otros hombres de letras hispanos que pensaría como él y que también deberían haber tenido conocimiento de las doctrinas de los teólogos modernistas, y esto se reflejaría en sus obras.

Así fue tomando cuerpo la materia de este estudio hasta concretarse definitivamente en dos partes: una teológica y otra literaria. La primera es una exposición sencilla y casi de alcance popular de las tesis católicas y de las opuestas modernistas, muy conocidas en el ámbito del teólogo estudioso, pero poco en el mundo extraeclesial del intelectual común.

Todo ello compone el capítulo I, junto con una referencia, de carácter histórico, sobre el modo como estaban organizados los estudios eclesiásticos en este tiempo, ya que esta situación era la que propiciaba el descontento entre los espíritus inquietos de los mejor dotados intelectualmente.

Me ha parecido también conveniente analizar los documentos oficiales en los que la jerarquía eclesiástica fue, a la vez que descubriendo los graves errores que detectaba en las doctrinas modernistas de sus teólogos y exegetas, exponiendo los principios filosóficos que las sustentaban y las normas disciplinares que se establecieron para yugular el movimiento dentro de sus filas. Una de estas armas fue la excomunión personal, con lo que ello suponía de separación total del seno de la Iglesia de aquellos que no querían aceptar ni su doctrina ni sus normas (capítulo III).

Uno de estos hombres fue el abate Loisy³ (capítulo II), quien, aunque nunca quiso aparecer como jerarca del movimiento, en realidad era la cabeza pensante, el hombre de ciencia, el escritor profundo y ameno que entusiasmaba a todos, pero más aún a los jóvenes. Él fue un clérigo nacido para la cátedra más que para el ministerio. Por otra parte, en su vida personal fue siempre un sacerdote austero y exigente para consigo mismo, cosa que también atraía a la juventud clerical; incluso, una vez fuera de la Iglesia como excomulgado, su vida célibe y laboriosa seguía enardecido a la juventud francesa.

No se podía prescindir en este trabajo de tan gran personalidad. Un alumno suyo de los años de docencia en la Sorbona, ya excomulgado Loisy, y que luego se convertiría en su íntimo confidente, Raimon Boyer de Sainte Suzanne, escribía estas palabras:

*“Estaba destinado a tener un puesto de primer orden en la gran controversia que fue el modernismo. No se puede afirmar que Loisy fuera el padre del modernismo, pues aun sin Loisy éste hubiera existido. Pero con todo, no será posible hablar del modernismo sin hablar, por extenso, de Loisy”*⁴

Sus escritos fueron el vehículo de transmisión de las ideas que entusiasmaron a seminaristas mayores y al clero joven de Francia. Estas ideas pronto se verían designadas con el nombre de Modernismo en los documentos oficiales de la Iglesia. De ahí que ésta temiera por el mal que podrían acarrear a los espíritus moderados y tradicionales de los que se preparaban para el sacerdocio y de los sacerdotes jóvenes. Por eso la jerarquía eclesiástica no ahorró ningún medio a su alcance para proscribir aquellas ideas. Pero cuando aparecieron sus documentos condenatorios ya esas ideas estaban extendidas por toda Francia, por Italia e Inglaterra.

Frente a lo negativo que contenía en sí, también es verdad que el Modernismo supuso una corriente de aires nuevos que entró en la Iglesia y que, sesenta años después, muchas de aquellas ideas había de ser mejor comprendidas gracias al *aggionamento* que trajo a toda la Iglesia católica el Concilio Vaticano II. Era la modernidad que entraba en la estructura monolítica de la Iglesia católica. Así lo anotaba R. Boyer de Sainte Suzanne, refiriéndose al trabajo de Loisy:

³ N.E. Alfred Loisy nació en 1857 y murió en 1940.

⁴ R. BOYER DE SAINTE SUZANNE, *Alfred Loisy entre la foi et l'incroyance* (Centurión, Paris 1968) 15-16

“Hasta 1904 su esfuerzo consistió en tratar de permanecer en el seno de la Iglesia para convenecerla de que tenía que renovarse. Este esfuerzo fue muy provechoso, pues la obligó a reflexionar profundamente en la importancia del culto, de los ritos, de la manifestación externa de la vida religiosa”⁵

Una vez conocidas las doctrinas del modernismo teológico y examinadas con lupa las obras de Loisy y las de otros modernistas, este trabajo se encamina a descubrir si había dejado huella en los escritos, tanto en prosa como en verso, de cinco escritores de la lengua española, seleccionados previamente, porque coincidieron en el tiempo con ese momento de la Iglesia. Son escritores de primera fila: Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Azorín, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

De ninguno de los cinco se puede decir que fuera teólogo *stricto sensu*. Ninguno de ellos tenía estudios superiores de teología ni de Sagrada Escritura, pero su pensamiento, su tratamiento del tema de Dios, de Cristo, de la Iglesia, su forma de utilizar el Libro Sagrado, los acercó al pensamiento de los teólogos modernistas; unas veces porque trataron, a su modo, esos mismo temas; otras, por el lenguaje que emplean, muy cercano al de aquéllos. En ambos aspectos entran Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón en toda su obra. A Rubén Darío y Azorín, sólo en la primera etapa de su actividad literaria, las expresiones lingüísticas, los recursos literarios o las concesiones a las ideas antirreligiosas imperantes del momento, les hacía próximos a aquellos teólogos.

Unamuno y Juan Ramón conocían las obras de Loisy que levantaron la controversia eclesiástica, como ellos mismos atestiguan; de los otros tres no tenemos constancia, pero sí es cierto que ya en 1910 se había publicado la traducción al castellano de *L'Évangile et l'Église*, hecha por el director de la Residencia de Estudiantes, Alberto Giménez Fraud.

Unamuno (capítulo IV) confiesa en *Del sentimiento trágico de la vida* que conocía el pensamiento del abate francés al igual que las obras polémicas del joven modernista inglés, el exjesuita G. Tyrrell. Don Miguel, sin haber estudiado teología, es el más teólogo modernista de los cinco. ¿Acaso no es ésa la impresión que nos causa la lectura de su hermoso poema *El Cristo de Velázquez*? Nos sobrecoje encontrarnos allí con un Cristo desdivinizado, en su simple y descarnada humanidad, entrevemos en ese Cristo al “Cristo de la historia”, al sólo Cristo-Hombre traumatizado en su sacrificio de la cruz, sólo con un trasfondo lejano de divinidad, y convertido más bien en un pingajo humano que en realidad divina.

En Antonio Machado (capítulo VII) nos encontramos con el agnóstico sincero, con el hombre bueno en el que toda su vida fue una agitación constante para alcanzar un Dios abstracto, al que, cuando ya está para asirse a él en la concreción de una fe sincera, parece que se le esfuma y diluye en un sueño, como una nebulosa. También nos dirá que su Cristo es “el del mar”, el varón de Galilea fornido como un pescador, no el Cristo trascendente *Deus de Deo*.

Juan Ramón Jiménez (capítulo VIII) entra de lleno en el concepto modernista del filósofo que pinta la encíclica *Pascendi*. La idea de Dios la trasciende en pura imagen poética. A

⁵ Ibid., 160, nota.

Dios lo llega a confundir con un color, el azul, o a sincronizarlo con la piedra y el cielo, en un todo panteísta. Si desde su juventud de enfermo convaleciente ya había penetrado en el pensamiento de Loisy, ¿cómo no iba a afirmar que el origen del Modernismo es teológico? Según Juan Ramón Jiménez, los eclesiásticos son los primeros que comienzan a sentir el zarandeo de la modernidad en sus métodos, en sus ideas, en sus instituciones; luego esa modernidad aparecerá en el arte, en la literatura, en el pensamiento todo.

La modernidad literaria de Europa y la de la América hispana se funden en la personalidad de Rubén Darío (capítulo V). Él es el maestro que unió en un quehacer literario los dos mundos. De su América natal trajo la renovación de las formas. En Europa se encontró con otra modernidad, la de signo religioso. Rubén se sentiría en todo momento católico, incluso cuando se veía arrastrado por la fuerza imperiosa de la sensualidad; entonces nacían en él los arranques de arrepentimiento y sacaba fuerzas de sí para retirarse a la soledad de los viejos anacoretas. “Soy Satán y soy Cristo / que agoniza entre ladrones”, escribió en el soneto “Toisón”, de *Baladas y Canciones*, en el que sintetiza la lucha amarga de su existencia, que se balancea entre Satán, signo de la carga erótica de su vida, y Cristo, el otro símbolo, el de la aspiración ideal de su arrepentimiento. Pero el Cristo de este verso no es el padre del pródigo evangélico, como creeríamos suponer, sino el hombre desposeído de todo atributo divino, solo en su sangrante soledad de ajusticiado entre ajusticiados, como el roto y deshecho Rubén entre el traer y llevar de quienes halagaban su vida de crápula.

Me ha costado más esfuerzo leer con gruesa lupa las obras de la primera etapa de José Martínez Ruiz (capítulo VI) para encontrarme con elementos de juicio convincentes de que él también, en esta etapa, estuvo salpicado de los principios filosóficos idénticos a los del Modernismo teológico. De ahí que me haya quedado en ese momento en el que aparece el joven universitario, itinerante de universidad en universidad, respirando inconformidad y resquemor anticlericales, mejor diría, aversión antijerárquica, pues en las obras de esta etapa al cura de pueblo, al religioso destinado en un colegio provinciano, ya los trata de otra manera; más aún, Azorín se familiariza con ellos, pasea con ellos por el campo o en su compañía recorrerá las callejas de la vieja ciudad. Pero nos preguntamos: ¿No llega a tener esa familiaridad con el elemento clerical por ser esos personajes un elemento más del paisaje tan querido para él y un dato imprescindible de la anécdota que reinventa literariamente por exigencia de su estilo y no porque, en este momento, le importe para nada la Iglesia? El otro Azorín, el conservador y católico, vendrá después. Pero ése no entra en este estudio.

Hace exactamente un siglo⁶ se vivía en el seno de la Iglesia el fragor de la controversia modernista. El 10 de noviembre de 1902 el editor Alphonse Picard ponía a la venta en el escaparate de su librería de París dos obras de Alfred Loisy: *L'Évangile et l'Église* y un conjunto de ensayos sobre temas bíblicos, *Études évangéliques*.

A los pocos meses -enero de 1903- aparecía en el *Boletín de la archidiócesis de París* la prohibición de la lectura de estos dos libros a los feligreses de la diócesis. Pero Loisy no se arredra y en octubre de este último año publica otro librito rojo, *Autour d'un petit livre*, que

⁶ N.E. Referido a 2002, año de publicación de *Modernismo teológico y Modernismo literario*.

aumentó las condenas episcopales ahora sumándose al arzobispo de París numerosos obispos franceses.

A la distancia de un siglo han cambiado muchas cosas. Hoy la Iglesia, velando también por la integridad de la doctrina, tiene que salir al paso de afirmaciones y doctrinas desviadas de su enseñanza magisterial. Así, bien reciente es todavía la declaración *Dominus Iesus* de la Congregación para la Doctrina de la fe. El documento alerta sobre los errores modernos que se están propalando en los ámbitos eclesiales, al dejarse llevar teólogos y moralistas por un liberalismo a ultranza amparado en ideas socializadoras, para justificar su pensamiento.

Aquellos errores de hace un siglo vuelven a aparecer de nuevo. Los errores de hace un siglo salpicaron a seculares comprometidos en asociaciones católicas de carácter social y a pensadores y literatos imbuidos del pensamiento de los teólogos modernistas. Por eso la segunda parte de este trabajo tiene como objetivo estudiar la obra de esos cinco escritores españoles, en la que dejan traslucir el modo de pensar del Modernismo teológico.